



# La Santa Sede

---

**PAPA FRANCISCO**

MISAS MATUTINAS EN LA CAPILLA  
DE LA *DOMUS SANCTAE MARTHAE*

*He deshojado la cebolla*

*Jueves 25 de septiembre de 2014*

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 40, viernes 3 de octubre de 2014

Por ahí hay muchos «cristianos que se pavonean», enfermos de vanidad, que «viven para ostentar y hacerse ver». Así, terminan transformando su vida en «una pompa de jabón», hermosa pero efímera, paseándose con mucho maquillaje y quizá también tratando de darse aires, agitando «cheques para las obras de la Iglesia» o recordando que son «parientes de tal obispo». Pero al comportarse así, viven una vida mentirosa, engañándose también a sí mismos. Al contrario, lo que cuenta es «la verdad, la realidad concreta del Evangelio». El Papa Francisco instó a los cristianos a considerar solamente su «vida con el Señor» y «sin anunciarlo a los cuatro vientos».

Durante la misa del 25 de septiembre en Santa Marta, comentó el pasaje del libro de Qohélet —«vanidad de vanidades» (1, 2-11)— propuesto por la liturgia del día, observando que no es «pesimista», como podría parecer, sino que nos dice «la verdad», o sea, que «todo pasa y si no tienes algo consistente, también tú pasarás, como todas las cosas».

El pasaje de la Escritura, explicó el Papa Francisco, «comienza con esa palabra clave: vanidad». En efecto, «la vida de una persona puede ser una vida fuerte, que hace muchas cosas buenas».

Pero, por otra parte, «también existe la tentación» de convertirla en «una vida de vanidad, de vivir para las cosas que no tienen consistencia, que pasan». En esencia, la tentación es «vivir para ostentar, para hacerse ver: y esto no sólo entre los paganos, sino también entre las personas de fe, entre los cristianos».

En cambio, Jesús, afirmó el Pontífice, «reprochaba mucho a los vanidosos, a los que se jactaban». Así, «a los doctores de la Ley les decía que no debían pasearse por la plazas con vestidos lujosos: parecían príncipes». Y les reprochaba: «A vosotros os gusta esto, no la verdad». Y el Señor, que «reprochaba con fuerza», decía también a los vanidosos: «Cuando reces, por favor, no te hagas ver. No reces para que te vean rezar». Y también recomendaba no usar quién sabe que vestidos para rezar.

Pero, afirmó el Papa, el vanidoso se preocupa por pensar: «Doy este cheque para las obras de la Iglesia», y así muestra el cheque. Y quizá «también engañe, por otra parte, a la Iglesia». A estas personas el Señor les dice expresamente: «Cuando ayunes, por favor, no te muestres melancólico, triste, para que todos se den cuenta de que estás ayunando. Ayuna con alegría. Haz penitencia con alegría», de manera «que nadie se dé cuenta». Lo esencial es solo «tu vida con el Señor». A propósito de esto, Francisco sugirió algunas preguntas que hay que hacerse a sí mismos: «¿Cómo rezas? ¿Cómo es tu vida respecto a las obras de misericordia? ¿Visitas a los enfermos?». En resumen, hay que ir al grano, ver «la realidad». Y «por eso Jesús nos dice que debemos construir nuestra casa, o sea, nuestra vida cristiana, sobre roca, sobre la verdad». En cambio, «los vanidosos construyen su casa sobre arena, y esa casa se cae, esa vida cristiana se cae, se derrumba, porque no es capaz de resistir a las tentaciones».

Hoy, recordó el Papa, «muchos cristianos viven para ostentar». Y «su vida parece una pompa de jabón», que «es hermosa, tiene todos los colores, pero dura un segundo y después» se termina. «Incluso cuando contemplamos algunos monumentos fúnebres —prosiguió—, pensamos que es vanidad, porque la verdad es volver a la tierra desnuda, como decía el siervo de Dios Pablo VI». Por lo demás, «nos espera la tierra desnuda, esta es nuestra verdad final». Pero, añadió el Pontífice, «mientras tanto, ¿alardeo o hago algo? ¿Hago el bien? ¿Busco a Dios? ¿Rezo?». Porque hay que tender a las «cosas consistentes». En cambio, «la vanidad es mentirosa, es fantasiosa, se engaña a sí misma, engaña al vanidoso: primero simula ser, pero al final cree que es lo que dice ser. Lo cree, ¡pobrecillo!».

Es precisamente lo que le sucedió al tetrarca Herodes (Lc 9, 7-9), explicó el Papa: «Cuando apareció Jesús, él se sintió conmovido. En su fantasía, pensaba: “Pero este, ¿será Juan, al que decapité? ¿Será otro?”». La reacción de Herodes nos demuestra que «la vanidad siembra una inquietud negativa, quita la paz». En síntesis, la vanidad «es como esas personas que se maquillan mucho y después tienen miedo de mojarse con la lluvia y que desaparezca todo el maquillaje». Por eso, «la vanidad no nos da paz: solamente la verdad nos da la paz».

Por tanto, recomendó, «pensemos hoy en los consejos de Jesús de edificar nuestra vida sobre roca. Él es la roca. La única roca es Jesús». Pero «pensemos en esta propuesta del diablo, del demonio, que también tentó a Jesús con la vanidad en el desierto», proponiéndole «ven conmigo, vayamos al pináculo del templo, organicemos el espectáculo: tú te arrojas y todos creerán en ti». En verdad, el diablo había servido a Jesús «la vanidad en bandeja».

Por todas estas razones, afirmó el Pontífice, la vanidad «es una enfermedad espiritual muy grave». Es significativo, añadió, que «los Padres egipcios del desierto afirmaran que la vanidad es una tentación contra la que debemos luchar durante toda la vida, porque siempre vuelve para quitarnos la verdad». Y «para que se comprendiera, decían: es como la cebolla, la tomas y comienzas a deshojarla. Y deshojas un poco de vanidad hoy, un poco de vanidad mañana», y se va adelante «toda la vida deshojando la vanidad para vencerla». Así, «al final estás contento: he quitado la vanidad, he deshojado la cebolla. Pero te queda el olor en la mano».

Francisco concluyó la meditación implorando «al Señor la gracia de no ser vanidoso», sino «de ser auténtico, con la verdad de la realidad y del Evangelio».